



Anuario de Historia de la Iglesia

ISSN: 1133-0104

ahig@unav.es

Universidad de Navarra

España

DE LA LAMA, Enrique

Roberto REGOLI (ed.). San Pio X, Papa riformatore di fronte alle sfide del nuovo secolo.

Atti della Giornata di Studi in occasione del centenario della morte di San Pio X (1914-2014), Città del Vaticano, 12 giugno 2014. Collana regolata dal Pontificio Comitato di Scienze Storiche, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2016, 199 pp.

Anuario de Historia de la Iglesia, vol. 26, 2017, pp. 611-614

Universidad de Navarra

Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35550985062>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Roberto REGOLI (ed.)

San Pio X, Papa riformatore di fronte alle sfide del nuovo secolo

Atti della Giornata di Studi in occasione del centenario della morte di San Pio X (1914-2014), Città del Vaticano, 12 giugno 2014. Collana regolata dal Pontificio Comitato di Scienze Storiche, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2016, 199 pp.

Entre los gratos recuerdos que dejaron huella en mis días antiguos, cuando conocíamos a Pío XII –no yo; todos– sólo por el documental biográfico *Pastor Angelicus*, y por su voz clarísima –*tessiture aigue*–, que caracterizaba sus radiomensajes navideños, está la beatificación y la canonización del papa Pío X, primer pontífice elevado a los altares después de dos siglos: concretamente desde 1712, año en que fue canonizado Antonio Michele Ghislieri, Comisario General de la Inquisición Romana, más conocido como san Pío V.

Solamente una beatificación siguió muy pronto a la canonización de san Pío X: fue la beatificación de Inocencio XI Odescalchi (1611-1689). El día de la muerte de Inocencio, tan amado de los sencillos, también se oyó entre el pueblo el grito augural «¡Santo subito!». Pero el reconocimiento pontificio se tuvo que retrasar por temor a las antipatías del Rey Sol, que ya se había opuesto a la elección de aquel papa pobre y humilde: eficaz y sin espectáculo. Fue beatificado por Pío XII el 7 de octubre de 1956, 267 años después de su muerte. El papa Pacelli salía por los fueros de su propia libertad como Pastor y entendía con gran claridad que la beatificación y la canonización son un señalamiento que se aviene gloriosamente con la verdad doctrinal proclamada. Por eso se ocupó con presteza de Pío X. El 3 de junio del '51 lo beatificó; el 3 de septiembre del 54 lo canonizó.

En el plano de los cálculos, mejor le hubiera ido al Papa Sarto si lo hubieran canonizado más tarde: porque a aquel hombre –*com'era bello*, decía una *nonna italiana* que fue varios años *domèstica* a su servicio– le esperaban algunas tormentas de opinión harto desagradables. Preguntaba el Prof. Arturo Cattaneo en el ambiente de la *tavola rotonda* de un Congreso del año 2006 –que el propio Cattaneo regía (Idem, ed., *L'eredità giuridica di San Pio X*, Marciannum Press, Venetiis 2006)–. «Quisiera preguntar al prof. Romanato si tras la publicación de su apreciable volumen sobre Pío X han sido publicados otros estudios biográficos que corrijan o renueven con datos desconocidos la opinión de su biografía». Y respondía Romanato: «Percibo que la pregunta se refiere sobre todo a mí, más que al propio Pío X. Escribí aquella biografía en 1992, o sea hace 13 años. La escribí, por lo demás, en un momento cultural que respiraba un ambiente pésimo contra Pío X. A fe que no trabajé en pro de mis intereses culturales ni académicos, al escribir en aquel momento aquel libro. Hoy el ambiente ha cambiado». Porque –explicaba– ya no hay aquellos prejuicios que había entonces y que se presentaban, quisieras o no, al enfocar la figura de aquel Pontífice. Seguramente hoy –un libro o un artículo...– un discurso sobre el papa Sarto tendría más convocatoria y suscitaría más interés que en aquel entonces. Está claro que el valor de su personalidad histórica ha subido muchos enteros.

Pero desde aquí –completando nosotros la respuesta a Romanato–, respondemos que sí. Que efectivamente hay elementos nuevos, que hacen pensar sobre la personalidad del cardenal Sarto; y mucho más que sobre él, sobre alguna otra personalidad

que protagonizó desafortunadamente el cónclave. Y la verdad es que su trabajo –el de Sarto– fue tan sólo el de ser eje inmóvil de una operación impresionante llevada a cabo por el cardenal Jan Puzyna. Pero sus papeles referentes al cónclave de 1903 han aparecido recientemente y publicados por primera vez por Jacek Urban bajo el título *Relacja kard. Jana Puzyny o konklawe 1903 r. i o jego sławnym weto*, cfr. «Folia Historica cracovensia» vol. 8, Kraków 2002, pp. 273-276. Tal vez Cattaneo, tenía noticia de la publicación a través de algún colega polaco. Ciento es que a la publicación de J. Urban debían añadirse otras noticias importantes que se hallaban reunidas en el fajo, dentro del cúmulo de documentación del Príncipe Cardenal de Cracovia. El realizador de esta labor completa ha sido al fin Miroslaw Lenart, bajo el título *Il cardinale Jan Puzyna. Un discusso protagonista del Conclave del 1903 alla luce della documentazione polacca*, en el presente libro que estamos reseñando (pp. 49-64).

La reacción del pueblo de Cracovia se puede colegir cuando leemos que la misma noche en que el Cardenal Príncipe se apoyó en su Palacio a la vuelta del Cónclave, unos desconocidos dispararon con su mano una buena pedrada que hizo estallar los cristales del salón arzobispal (p. 49). Naturalmente no se trataba de personas afectas al cardenal Mariano Rampolla del Tindaro que había quedado separado de su camino al Pontificado por la acción de un colega alevoso. No era eso. Era más bien la impopularidad contra el príncipe cardenal en una Polonia repartida una vez más entre las potencias limítrofes. Ese sentimiento patrio humillado se consideraba doblemente ofendido por el papel desarrollado en el cónclave por un cardenal príncipe de Polonia. Lo consideraban «prueba de una insuficiente dignidad nacional» (p. 49).

«Tantas decisiones como se tomaron en aquel tiempo amontonaron las emociones –tanto de parte de los historiadores como de los ciudadanos de la antigua capital polaca–, pese a que las valoraciones históricas más serenas deberían haber visto al cardenal Puzyna con ojos más inteligentes. Pero ellos no vieron al héroe entregado a la causa polaca y, también, a la Iglesia universal; sólo acertaron a ver al político ineficaz e incluso al traidor» (p. 50).

Puzyna era intransigente como pocos y, cuando creía tener razón, no se atenía a ningún argumento que se le enfrentase. Fue famosa su actitud intolerante cuando se plantó frente a la pública opinión y no permitió que recibiesen sepultura en el Wawel los despojos de Juliusz Slowacki, enterrado cincuenta años antes en el cementerio de Montmartre, y representante esclarecido del romanticismo polaco. Se negó también a celebrar Misa de campaña en el quinto Centenario de la victoria de Grunvald (1910). Fue llamativo el largo y tormentoso proceso de las relaciones mantenidas con la Universidad Jagellonica, que se hacían presentes sobre todo en los ascendidos nombramientos de los nuevos profesores. No digamos cuando se habían de señalar los titulares de las cátedras. *Et sic de caeteris.*

Largas fueron, por no citar otros surcos siempre laboriosos, las peripecias de la restauración de la Catedral del Wawel; aunque el resultado de la restauración fue sencillamente triunfal. No estamos, pues, ante una personalidad infradotada y cerril, sino ante un príncipe nacido «para soplar y sorber» y, por eso, poco simpático a los ojos del pueblo. Todavía está por hacer una biografía bien documentada y sin lagunas que descubra el verdadero relieve histórico del príncipe cardenal Puzyna: el veto puesto al cardenal Rampolla no tiene una

única faz. Como un duro cuarzo tiene varias facetas que se dejan ver como fuente de destellos. Ya en 1893, en Austria se hablaba del Cardenal de Venecia como una personalidad deseable para el pontificado.

El libro que reseñamos es magro en páginas; tiene sin embargo extraordinario interés y auguro que será necesario para futuros trabajos. Son once firmas pero doce trabajos: porque Roberto Regoli firma la *introduzione* y la cuarta de las comunicaciones. Los títulos son todos ellos emblemáticos, es decir, temas amados por aquel Papa sencillo y bondadoso. Carlo Pioppi abre el diafragma y contempla el panorama de aquel mundo mucho más pequeño y manejable que el de hoy en día. Eran, ya entonces, ocho las grandes potencias: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Gran Imperio Germánico (sobre el que predominaba Prusia), Austria-Hungría, Italia, Rusia y Japón. De menor importancia: España, Portugal, Bélgica y Países bajos. Se dividían el mundo civilizado –prácticamente Europeo–, y el resto del planeta parecía estar en espera de ser civilizado y conformado según la concepción privilegiada de los del hemisferio Norte. Por lo demás, las Naciones cultas estaban lejos de aquella paz cultivada, como trasunto del Evangelio. Los gérmenes del comunismo, del socialismo y del anarquismo y la multitud de los problemas que ocupaban las mentes de los ciudadanos cultos y pensantes –era la época áurea de los Intelectuales– ofrecían el espectáculo de una marejada y no de un mar en calma. Las crisis marroquíes y balcánicas despertaban preocupaciones en quienes se proponían conjeturar el devenir del mundo. La multitud de las vocaciones sacerdotales no podía consolar a cuantos percibían las diversas dificultades para las que no había respuesta. Era *vox populi* que el Papa, preguntado por los pro-

blemas vocacionales, decía siempre: *Mucho más me importa la santidad del Clero que su crecimiento en número.*

Era decididamente un Papa preocupado por lo espiritual. Su lema: *Instaurare omnia in Christo*, tenía un significado inmediatamente inteligible tanto para las almas más sencillas como para las más cultas y escépticas. El modernismo era una ola imparable y el siglo XX ha podido experimentar en su propia mente colectiva la necesidad de una nueva Evangelización. Las dos guerras mundiales que han marcado nuestra vida –porque han marcado nuestra alma– y el estrambote nada poético de la guerra fría han dejado tras de sí –cuando todo podía parecer apaciguado...–, han dejado, digo, tras de sí la cultura de la muerte.

No hay un Papa que pueda prescindir de la ayuda de sus colaboradores. Lo fue para Pío X, el español Merry del Val, fallecido en olor de santidad y fidelísimo colaborador a la medida de la gigantesca labor de aquel pontificado. El Código Pío-Benedictino (S. Pío X y Benedicto XV) ha estado haciendo bien a la Iglesia durante muchos decenios y todavía hoy ocupa un lugar en muchas bibliotecas sacerdotales.

Dijimos ya que no eran muchas las firmas que avalan este racimo de páginas: Roberto Regoli, Gianpaolo Romanato, Carlo Pioppi, Miroslaw Lenart, Claus Arnold, Philippe-Joseph Jacquin, Patrick Valdrini, Luigi Michele de Palma, Juan Miguel Ferrer Grenesche, Mario Sensi. Buenas plumas generan un buen libro. Hubiera sido interesante entregarse a una recensión más extensa que permitiese ocuparse de todos los trabajos. Bien se entiende que no es posible. Dejamos constancia de nuestro sincero agradecimiento a los autores.

Decía Eugenio D'Ors que sentía la necesidad de hablar para exteriorizar los pensamientos elaborados por sí mismo o

aprendidos en la lectura, porque sólo entonces veía con claridad los contornos de las elucubraciones ensoñadas en el silencio. Estoy a favor de esta manera de pensar. Y mucho más en historia. Porque, en definitiva, la historia es captar un mensaje que se nos transmite. Y captarlo es bucear en la esfera de la libertad humana. Captar el mensaje. He ahí la sutileza. Con razón se dice que el *mester histórico* no es ciencia *stricto sensu* sino principalmente *arte*: *arte* como la política, la moral, la gran pastoral, o tantos tramos de la filosofía o de la economía. De aquí surge el debate. Y es tan útil la discusión de los sabios, que por

necesidad han de buscar las preguntas que los hombres hacen para reflexionar sobre ellas y tratar de resolverlas.

San Pío X ha sido una personalidad discutida. Y ello parece mentira en un hombre de tanta paz. Pero el hombre es profundo como un abismo. Por eso, toda labor humana –y si es poderosa, mucho más– se ejerce en la esfera de la libertad; en ella, como en el mar, viven los genios, las sublimidades, los atrevimientos sagaces, la fortuna de los valientes, el bien obrar constante de los doctores: *caelstis prudentia*.

Enrique DE LA LAMA
Universidad de Navarra

Pablo MARTÍN DE SANTA OLALLA, José Francisco SERRANO OCEJA

50 años de la Conferencia Episcopal Española

Ediciones Encuentro (Colección 100XUNO, nº 8), Madrid 2016, 292 pp.

Este libro es una crónica, más que una historia de los cincuenta primeros años de vida de la Conferencia Episcopal Española (en adelante, CEE), fundada en 1966. Los autores tienen experiencia en el estudio de historia religiosa reciente de nuestro país. Pablo Martín de Santa Olalla Saludes, Doctor en Historia Contemporánea y en la actualidad Profesor en la Universidad Europea de Madrid, ha escrito, entre otros libros, *De la victoria al Concordato. Las relaciones Iglesia-Estado durante el «primer franquismo» (1939-1953)* (2003); *La Iglesia que se enfrentó a Franco. Pablo VI, la Conferencia Episcopal y el Concordato de 1953* (2005); *Javier Osés. Un obispo en tiempos de cambio* (2007) y *El Rey, la Iglesia y la Transición* (2012). En cuanto a Serrano Oceja, doctor en Ciencias de la Información y profesor titular acreditado de la Universidad CEU San Pablo, es autor, entre otros libros, de

La Iglesia frente al terrorismo de ETA (2001) y *Rouco Varela, el cardenal de la libertad* (2014).

Martín de Santa Olalla ha escrito los cinco primeros capítulos, desde el dedicado a la fundación composición y estructura de la CEE hasta el mandato de Gabino Díaz Merchán (1981-87), pasando por los de Quiroga Palacios (1966-69), Morcillo (1969-71) y Enrique y Tarancón (1972-81). Serrano Oceja, por su parte, estudia la CEE durante los mandatos de Suquía (1987-93), Yanes (1993-99), Rouco (1999-2005 y 2008-2014) y Blázquez (2005-2008 y 2014-). A los nueve capítulos del libro, organizados de forma cronológica, les precede un «Prólogo» del Cardenal Blázquez y una «Nota previa» de los autores.

En ella afirman que «como historiadores somos conscientes de las limitaciones de esta Historia de la Conferencia Episcopal Española que, en gran parte de sus pá-